

JORGE MOLINA

**LA MUÑECA
CON COLA
DE PEZ**



Macleín *y* **Parker**

Primera edición

Marzo de 2017

Del texto

© Jorge Molina, 2017

De la portada

© Beatriz López Gallego, 2017

www.behance.net/beatrizlopezgallego

De la edición

© Macleín y Parker, 2017

Pasaje Lagunas de Ruidera, 6

41701 Dos Hermanas, Sevilla

www.macleinyparker.com

Edición y corrección

Cecilia Ojeda y Antonio Abad (Macleín y Parker)

Diseño de la colección y maquetación

Antonio Abad (Macleín y Parker)

Impresión

Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Papel interior: Coral Book Ivory 1.5 de 90 g/m²

Papel de cubierta: Acquerello Avorio de 240 g/m²

ISBN: 978-84-946586-4-8

Depósito Legal: SE-331-2017

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

*A todos los que me cuentan su vida,
incluso sabiendo que tomo nota*

LA MUÑECA CON COLA DE PEZ



—Oh, Eddy, ve a buscar esa muñeca de sirena que tanto la entretiene, así callará.

El ruego de Anne, mi esposa, llegaba en un pésimo momento por más que lo dulcificara con el diminutivo. Se estaba poniendo bastante interesante mi charla con Steven Lowry, un tipo siempre mal vestido, de esos que exhalaba un olor de los llamados «característicos». Detalles del todo menores cuando Lowry acababa de ascender a gerente de Torner Up, una empresa de ferretería cuya red de distribución abastecía a todo el distrito. Y justo era ese el motivo principal por el cual yo me gastaba esta noche un dinero excesivo para organizar una fiesta en casa: captar clientes para mi asesoría contable y fiscal.

Pero Anne estaba en lo cierto, nuestra pequeña empezaba a ser la enojosa protagonista a base de quejas y lloriqueos.

—¿Y dónde está, querida?

—La chica vino esta mañana, así que es probable que metiera todos sus juguetes en el canasto bajo la cama del cuarto de papá.

Sonreí de medio lado. Anne montó un dormitorio a su padre al quedar viudo «para cuando no pudiera valerse por sí mismo y viniese a vivir con nosotros». Seis años después

de fallecer su esposa seguía fuerte y ágil, diría que incluso de mejor humor que cuando ella vivía, y por tanto la cocina y el salón quedaron reducidos a la mitad para hacer sitio a un cuarto en el que nunca había dormido mi suegro ni una siesta.

Iba a decirle algo a ese respecto, pero lo dejé pasar mientras me mordía el labio inferior. Esta noche encontraba a Anne deseable, y la posibilidad de terminarla con un poco de sexo me apetecía. Cuando vestía algo ceñido, y usaba un sujetador digno de tal nombre, su silueta mantenía las curvas que siempre lograron encenderme, y mucho, como ninguna de las otras... Después de doce años de casados no negaré que he vivido algunos escarceos, hay cierto tipo de mujeres a las que sigo gustando, pero ninguna logra de mí ese encendido rápido y animal de Anne con solo un vestuario adecuado.

Rumié una queja para mis adentros y la dejé desplazándose entre los invitados, mientras iba en busca de la sirenita. El «cuarto de papá» consistía en una cama extensible a dos plazas, a cuyo alrededor se apilaba un revoltijo de cajas y cajoneras con todos los cachivaches generados en un hogar con una niña de seis años. De rodillas ante la cama comprobé que no se escondía ninguna muñeca con cola de pez, y sí un sorprendente surtido de animales dispartados, desde un lagarto vestido de frac a un pingüino surfando. Del jardín llegaron nítidas las charlas de la fiesta. Preferí ampliar la búsqueda antes de preguntar a Anne y sufrir así su habitual sarcasmo sobre la torpeza de los maridos. Nada de burlas en público, se trataba de una velada crucial para mi reputación.

La imprenta a la que llevaba la gestión de la contabilidad, impuestos y contrataciones, el origen de mis principales retribuciones, había despedido en el último semestre a tres operarios. Iba de mal en peor: los pedidos bajaban cada mes

por la rápida desaparición de cartas, sobres, invitaciones, revistas... Los ordenadores y su mundo virtual se comían al gremio. Si perdía a ese cliente, mis ingresos no cubrirían los gastos mensuales, dadas las necesidades de la niña, y ante tan amenazante futuro había decidido agradar a algunas personas clave.

Además del desaliñado Lowry, por mi jardín deambulaba Joe Metheny, mero encargado de planta de los almacenes Sands, pero pareja de tenis en el Country Club del propietario de la cadena. Y Less Kerry, dueño de una agencia de publicidad ubicada en una luminosa sede en la Main Course. Lo conocía podía decirse que de nada, aunque al coincidir cada mañana en la cafetería, llegamos a saludarnos como si algo nos uniera. Cuando le propuse venir a casa el sábado no mostró sorpresa, y en verdad parecía estar pasándoselo en grande con una de las amigas de Anne, una señora que conocía de las idas y venidas a la guardería y que apareció enfundada en un traje probablemente comprado antes del embarazo, pues el escote resultaba muy poco adecuado a sus actuales senos.

La muñeca sirenita... La luz del cuarto caía desde una bombilla pelada, símbolo de mi única victoria en la lucha con Anne para evitar la creación del dormitorio para su padre: me negué a comprar una lámpara nueva hasta que, en efecto, él viniese a ocuparlo. Menuda victoria... Mi esposa demostró una astucia napoleónica, la falta de lámpara la escenificó como si resultara para ella una dolorosa renuncia. Anne no era lo que podría calificarse como una mujer de carácter, nunca recurría a gritos y brazos en jarras, sólo necesitaba para ser imbatible su infinita dosis de serena tozudez.

Nada de eso me dolía. Desde que nació Samantha, nuestra vida sexual había pasado a ocupar un segundo plano. La frecuencia se había visto reducida a una al mes, aunque con la salvedad, nada menor, de que en estos momentos la demora en recibir la cuota mensual alcanzaba las tres semanas. Ayer, cuando hice estos cálculos, me sentía como el reo que marca con un palito cada día que pasa dentro de la penitenciaría.

Casi dos meses de abstinencia. Tres días atrás me masturbé mirándola mientras aún dormía por la mañana. Salí del baño del dormitorio y la encontré en una posición desmadejada que la dejaba semi desnuda. Fue estupendo, un orgasmo rápido con la vigorosa excitación de la mañana, desde la misma puerta el baño, con el punto clandestino de que no debía despertarla.

La muñeca con cola de pez... Quizás la chica del servicio la guardó con prisas en el cajón gigante de la esquina, un sumidero de objetos amontonados sin criterio alguno. Introduje los brazos hasta el fondo y empecé a removerlo todo para que en cada brazada fuese aflorando a la superficie una parte del contenido. Toqué un canto rígido, un libro grande, un objeto nada previsible entre los juguetes de Samantha. Al sacarlo descubrí un álbum de fotografías, y bastó pasar la portada —verde con unas letras plateadas en las que se leía «Mis fotos»—, para que apareciese una imagen de Anne.

Se tapaba apenas los pezones con sus dedos índices y, sin embargo, mostraba sin tapujos el sexo al descubierto mientras reía con los ojos fijos en la cámara.

Esa imagen, como la veintena de desnudos que aparecieron página tras página, se tomó algunos años atrás, aunque sin duda ya estábamos casados. Lo delataba el tono verdoso de la melena de Anne, que bien recuerdo se lo provocó la piscina

del hotel donde terminamos la luna de miel. En nuestra última noche los de mantenimiento se pasaron con la dosis de cloro, o lo que arrojasen al agua, y todas las mujeres teñidas de rubio trocaron a verde por la tarde. Así pues, Anne había posado para alguien desnuda, y feliz, a los pocos días de nuestra boda, de nuestro viaje de novios, de nuestro sincero compromiso.

Aumentó el volumen de las conversaciones en el jardín. Escuché a Kerry liderando el alboroto con alguno de sus chistes subidos de tono.

—¿Saben cuál es la química del amor? El proceso por el cual una media naranja se convierte en medio limón. ¡Un momento! Este es mejor: Le dice un padre a su hijo: «¿Cuáles son las cuatro letras clave de un matrimonio?» «¿Amor?», responde el joven. «No, idiota, son o, b, d, c.»

Mi esposa estaba espléndida en las imágenes. Antes del embarazo su figura resultaba aún más turbadora. Admito que nunca me pareció guapa; es decir, de esas mujeres bellas de volver la cabeza, pero a la vez resultaba inevitable girarla para tomar otra perspectiva de su magnífica silueta. Desnuda no conocía rival. La sinuosa curva de su cintura hasta la cadera, las largas piernas, y esas puntiagudas tetas de grandes pezones rosados me rindieron cuando la conocí con algo de profundidad.

Intenté tranquilizarme con la idea de que las fotografías podría haberlas tomado una amiga durante una de esas tardes en que ellas cometen locuras entre chicas; aparentes locuras, pues en realidad creo que se lanzan a cumplir algún deseo que les anida, latente: por ejemplo, posar desnuda cuando a tu cuerpo lo ves todavía deseable. Hasta puse cara a esa amiga de locuras: Denise Remo, una disparatada mujer que

asociaba a cualquier desfase subido de tono. Como correspondía a la hija de un italiano del sur.

Y no, las fotos las había tomado un hombre, no cabía duda.

En la última de ellas, Anne apareció agarrada a un pene, un miembro delgado pero larguísimo, tanto que quizás hasta podría haberlo cogido con las dos manos a la vez, aunque su aspecto tan escurrido le privaba de parecer agresivo, incluso casi ni obsceno. Si no fuese porque se trataba de una polla. La imagen la había captado él desde arriba, con ella sentada sobre sus talones en una cama que no reconocí. La mano izquierda de Anne apresaba el sexo mientras con la otra tapaba su boca en un gesto de falsa turbación.

Las risas del jardín cesaron en ese momento. Alguien propuso un brindis por una de las invitadas. Oí a Anne preguntar por mí sin convicción, como si fuese normal que me esfumase, como si no me hubiera enviado ella a buscar una muñeca al trastero para la consentida de su hija.

Maldita sea, tenía una erección tremenda. Volví a la foto en que mi esposa, desnuda y de pie, se subía los pechos con ambas manos mirándose ante un espejo. Elevaba los talones y el gesto estilizaba sus piernas y acentuaba el culo nacarado. Me pellizqué la entrepierna de vuelta a la fiesta.

—Ni rastro de la muñeca, lo mejor es que la lleves a la cama y le des algo para dormir.

—¿Algo para dormir?

Con gesto sorprendido se fue con la niña de la mano. Eso me dio tiempo para tomar una generosa copa de güisqui con Ted Nelson, mi invitado político, un concejal de la oposición con el que simpaticé en un curso de gestión de personal de la Cámara de Comercio. Sus opciones de llegar a ser alguien en el Ayuntamiento las cifraría en menos que nulas, pero citarlo

como uno de los asistentes —«Vendrá también algún político amigo mío»— funcionó como gancho para conseguir que aceptaran la invitación otros de mucho mayor interés.

En particular Lian Cormik, compañero de instituto de Anne, un judío propietario de los dos diarios locales. El *Evening* y el *Morning* siempre andaban supuestamente a la greña, con polémicas tan creíbles como las peleas del *wrestling*, pues en realidad representaban un juego a medida de los intereses empresariales del joven y atractivo Lian, el autor de los titulares en ambas portadas. Alguien a quien resultaba mucho más fácil verlo en el Country Club celebrando algo que camino de alguna reunión de negocios o de un servicio religioso. Cormik adoraba la adulación, y ahora en mi jardín dominaba el territorio, rodeado de un corro de gallinas cacareantes, tanto por tratarse del poderoso dueño de toda la prensa local como por su físico envidiable.

Cuando Anne se reincorporó a la fiesta, me fijé en su cuerpo como si la mirase por primera vez, a pesar de que acababa de descubrir algo que debía motivarme más furia que deseo. Ella, ajena, cogió mi vaso para olerlo.

—Humm, alguien va a vivir una noche agitada.

—¿Gracias a su esposa? —Y le pasé la yema de un dedo por su muslo de forma descuidada.

—Apostaría mi dinero a otra causa.

Anne volvió a transitar diligente entre todos los corrillos para procurar que a nadie le faltase nada. Un camarero contratado para la ocasión —un mulato, el único no blanco en la velada, como descubrí con mucha zozobra cuando llegó a casa para montarlo todo— obedecía sus órdenes, a veces con una bandeja de bebidas en la mano; otras, con la de tentempiés.

Alguna nueva ocurrencia de Cormik provocaba que Anne lanzase una risa sincera. Se tapó la boca con la mano en un gesto que me recordó a la última fotografía del álbum. ¿Sería el atractivo judío el del pene longilíneo? ¿Habría en la fiesta algún otro miembro viril conocido por Anne? De joven fue sin duda alguien muy popular, a pesar de que todos bromeaban sobre su nariz caída y la falta de mentón; cara de pez, la llamaban. Nunca se lo dijimos, nadie como ella lucía los vestidos elásticos de algodón en verano.

El matrimonio se celebró apenas al año de noviazgo. Igual precipité el asunto y a Anne le faltó tiempo para tener algunas experiencias masculinas antes de casarse. Me lo decía a mí mismo sin convicción, mientras terminaba otra copa, para paliar el impacto de las fotos. Tener sexo con otro a las pocas horas de regresar de la luna de miel sería motivo suficiente de divorcio para cualquier marido...

Sarah, mi vecina, me miraba otra vez con fijeza. Ni siquiera parpadeaba, sólo daba pistas de lo que tramaba su sonrisa burlona oculta detrás del vaso. Conocía esa actitud, y por tanto esta noche podría volver a repetirse una de esas fogosas sesiones entre ambos. Sarah y su marido no tenían hijos. Durante los primeros años de vecindad creo que jamás nos saludamos, aunque apenas separaba nuestras vidas el fino seto de los jardines. Todo se precipitó cuando él salvó a un niño de morir ahogado en el río que bordea la ciudad; le otorgaron uno de los premios cívicos anuales, salió en los periódicos de Cormik, en la televisión local de Cormik, y Anne me anunció que debíamos ir a su casa para felicitarlos. Yo respondí que, con la profundidad del río en verano, el heroico salvamento lo habría culminado sin mojarse más arriba del cinturón. Una excusa bastante mezquina que no me sirvió de nada. Por fortuna.

En un mes ya me lo hacía con su esposa Sarah en un hotel que se alquilaba por horas. Hay cosas que parecen estar esperándote. Me contó que su heroico marido sufría de diabetes y, por tanto, el esfuerzo del sexo lo superaba, incluso a veces sufría desmayos cuando empezaba a coger velocidad. Nosotros en cambio follábamos como locos, buenas e intensas sesiones, incluso llegué a creer que había topado con ese sueño llamado amiga con la que se hace el amor sin más aderezos. El caso es que lo dejamos, con naturalidad. Esta noche, parecía evidente, quería otra vez juego, como yo. Pero no, debía concentrarme en mis invitados. Y, además, soñaba con hacerlo con mi adúltera y deseada esposa.

Cormik se retiró unos pasos para coger uno de los vasitos de fruta variada que el camarero había distribuido en una mesa. Los duros pectorales de Cormik se hinchaban bajo su camisa blanca. Entre los presentes, él sería el mejor candidato a flirtear con mi esposa, conozco bien los gustos de ella. Pero, qué diablos, no había convocado esta fiesta para mostrarme paniaguado, mi prioridad era otra. Me acerqué al empresario judío y charlamos sobre frutas de temporada, el agradable otoño, la noticia de la semana —la plaga de una exótica araña que provocaba horribles heridas— y mi encantadora esposa, como él la definió.

—Yo no he encontrado a mi mujer ideal, debo conformarme con picotear de lo que me sale al paso —dijo en un tono que me pareció neutro.

La cháchara se prolongó y no tuve tiempo para pasar a detallarle mis servicios de asesoría empresarial, porque empezaron a retirarse todos de repente, como si llegada la medianoche se convirtieran en calabazas o ratones. En la puerta de salida repartí agradecimientos, abrazos y la tarjeta de visita,

para que no olvidaran mi disposición a hacer negocios. El maremágnum de la fiesta quedó tal cual, pues Anne decidió que la chica hiciera horas extras mañana recogiendo todo. Así que la seguí al dormitorio como un coyote tras una liebre.

En cuanto se despojó del vestido dejé el güisqui en la mesilla y la abracé por detrás agarrando sus pechos.

—Eh, tigre, estoy agotada, no es el momento después de un día como hoy.

—No te preocupes, yo lo haré todo.

—Ja, ja, no es así como me imagino el sexo.

—Vale, pues tú también haz lo que quieras conmigo.

Tiré del borde del sujetador y afloraron sus pezones. Me lancé a chupar uno.

—Oh, Edward, no seas pesado.

Le coloqué una mano sobre mi sexo en crecimiento, a la vez que con suavidad la empujaba hasta que perdimos el equilibrio sobre la cama.

—¡Vamos a despertar a la niña!

—Si te mantienes callada, no.

Bajé sus bragas hasta dejárselas en los talones, y saqué mi sexo por la bragueta para no perder tiempo con el pantalón. Se colocó de lado para protegerse de la amenaza cierta que se le cernía.

—¡He dicho que no, sal, y vete a dormir esta noche al cuarto de papá!

La referencia a la odiada estancia de mi suegro me encorajinó.

—Y yo digo que sí.

Mastiqué la respuesta con furia mientras intentaba separar sus rodillas. Era una mujer fuerte, y sólo conseguí abrir un poco las piernas. Empezaba a sudar cuando lanzó un pie que

impactó en mis testículos como un mazazo. Ahora yo era el que yacía de lado y con las rodillas juntas.

—Debes entender, Eddy, que empezaba a sentirme violentada.

En el jardín encendí un cigarrillo olvidado por alguien. Anne y yo dejamos de fumar cuando nació Samantha, pero ya estaba bien. En la casa de la vecina una tenue luz traspasaba una ventana del primer piso. Quizás Sarah leía, o ayudaba a su marido a masturbarse. Me dijo que era lo habitual en la media hora semanal establecida por el matrimonio para su diabético sexo.

Mañana mismo le mandaría un mensaje. Quizás le propusiera hacerle unas fotografías. O, mejor, mataría dos pájaros de un tiro: una visita al hotel por horas y luego saldríamos a tomar algo las dos parejas juntas, no en vano su marido era jefe de una sucursal bancaria. Sería fácil sonsacarle algunas pistas sobre empresas de la ciudad necesitadas de un asesor contable y fiscal.